

KATEE ROBERT

DIOSES DE NEÓN

Traducción de Isabella Monello y Pura Lisart

mr̄ ediciones martínez roca

1 PERSÉFONE

—Qué asco de fiestas, en serio.

—Que Madre no te escuche decir eso.

—Pero si tú también las odias —le digo a Psique volviendo la cabeza.

Ya he perdido la cuenta de la cantidad de eventos a los que nuestra madre nos ha obligado a asistir todos estos años. Siempre tiene la mente puesta en el siguiente trofeo, en el siguiente movimiento de esta partida de ajedrez cuyas reglas solo conoce ella. Muchos días me sería más fácil sobrellevarlo si yo misma no me sintiese como uno de sus peones.

Psique se acerca para colocarse a mi lado y me da un empujoncito con el hombro.

—Sabía que te encontraría aquí.

—Es el único sitio de este lugar que logro soportar.

Y eso a pesar de que la sala de las estatuas es la arrogancia personificada. Es una habitación relativamente sencilla (si puede considerarse sencilla una estancia con suelos de mármol pulido y elegantes paredes grises), en la que viven trece estatuas de tamaño natural colocadas en una especie de círculo que abarca todo el espacio. Una estatua por cada uno de los Trece, el grupo que gobierna Olimpo. Repaso mental-

mente los nombres de cada uno de los miembros mientras paseo la mirada por sus representaciones: Zeus, Poseidón, Hera, Deméter, Atenea, Ares, Dionisio, Hermes, Artemisa, Apolo, Hefesto y Afrodita. Y, después, me vuelvo para observar la última estatua. Está cubierta por una tela negra que cae sobre ella hasta cubrir el suelo a sus pies. Aun así, resulta imposible pasar por alto la ancha espalda del hombre, y la corona de púas que adorna su cabeza. Siento un cosquilleo en los dedos que me invita a coger la tela y rasgarla para ver, de una vez por todas, las facciones de ese desconocido.

Hades.

En pocos meses, me habré ganado mi libertad, y podré escapar de esta ciudad para no volver jamás. No tendré otra oportunidad de apreciar el rostro del hombre del saco de Olimpo.

—¿No te parece raro que nunca lo hayan sustituido?

—¿Cuántas veces hemos tenido esta misma conversación? —pregunta Psique resoplando.

—Venga ya. Es raro y lo sabes. Son los Trece, pero en realidad solo son doce. No hay ningún Hades. Hace muchísimo tiempo que no lo hay.

Hades, el jefazo de la zona baja de la ciudad. O, al menos, antes lo era. Es un título hereditario, y hace mucho tiempo que la familia se esfumó. Ahora, en teoría, esa zona pertenece al reino de Zeus y está bajo su gobierno, como todos nosotros, pero se rumorea que Zeus jamás ha cruzado el río. Tanto cruzar el Estigia como dejar Olimpo son dos tareas complejas por la misma razón: se dice que, con cada paso que das para cruzar la frontera, aumenta la sensación de que te va a explotar la cabeza. Nadie experimentaría algo así de manera voluntaria. Ni siquiera Zeus.

Y menos cuando dudo de que los habitantes de la zona

baja vayan a lamerle el culo como hace todo el mundo a este lado del río. ¿Aguantar todas esas molestias sin recompensa alguna? No me sorprende que Zeus evite cruzar al otro lado del Estigia, como hacemos los demás.

—Hades es el único de los Trece que jamás ha estado en la zona alta de la ciudad. Ese detalle me hace pensar que era diferente al resto.

—No —responde Psique de manera inexpresiva—. Es fácil creerlo porque está muerto y ese título ya no existe. Pero todos los de los Trece son iguales, hasta nuestra madre.

Tiene razón (como siempre), pero es una fantasía que no puedo quitarme de la cabeza. Estiro el brazo hacia la estatua, pero me detengo antes de tocar con los dedos el rostro de Hades. Lo único que me atrae a este legado perdido es una curiosidad malsana, y ni de lejos me merece la pena saciarla a cambio de los problemas en los que me metería si sucumbiese a la tentación de levantar el velo negro. Así que bajo la mano.

—¿Qué trama Madre para esta noche?

—Ni idea —suspira Psique—. Ojalá Calisto estuviese aquí. Al menos ella es capaz de frenar a Madre.

Mis tres hermanas y yo encontramos formas dispares de adaptarnos cuando nuestra madre pasó a ser Deméter y nos vimos lanzadas al cegador mundo que solo existe para los Trece. Es tal la extravagancia y el fulgor que posee que casi bastan para desviar la atención de la toxicidad de su esencia. Era adaptarse o morir ahogadas.

Yo me obligué a adoptar el papel de la hija alegre y vivarachita que siempre obedece a su madre, cosa que permitió a Psique ser tranquila y serena, y pasar desapercibida. Eurídice se aferra a cada momento de vida y emoción que encuentra rozando la desesperación. ¿Y Calisto? Bueno, Calisto se en-

frenta a nuestra madre con una ferocidad propia de los combates. Estallaría antes de doblegarse, de ahí que nuestra madre la exima de asistir a estas fiestas obligatorias.

—Casi mejor que no esté. Si Zeus se le insinuase, Calisto intentaría destriparlo allí mismo. Y entonces tendríamos un problema de verdad.

La única persona de Olimpo que puede matar a alguien sin sufrir las consecuencias de sus actos es, supuestamente, claro, el mismísimo Zeus. Del resto se espera que sigamos las normas.

—¿Te ha tirado la caña? —me pregunta Psique estremeciéndose.

—No. —Niego con la cabeza sin desviar la mirada de la estatua de Hades.

No, Zeus no me ha tocado, pero durante las últimas fiestas a las que hemos ido he podido sentir su mirada persiguiéndome allá donde iba. Por eso mismo he intentado ponerle una excusa a mi madre, para que no me obligara a venir; pero ella se ha limitado a sacarme de casa a rastras tras ella. Captar la atención de Zeus nunca trae nada bueno. Siempre es igual: las mujeres acaban destrozadas y Zeus se desentiende sin mayor repercusión que un mal titular que empañe su reputación. Hace un par de años se le acusó oficialmente de diversos cargos, y el circo que se formó fue tal que la mujer desapareció antes de que el caso llegara a los tribunales. Si se es optimista, se puede pensar que la susodicha encontró la forma de salir de Olimpo; pero, siendo realistas, lo más probable es que Zeus la sumara a su presunto recuento de víctimas.

No, lo mejor es evitar a ese hombre en todo momento.

Cosa que sería muchísimo más sencilla si mi madre no fuese una de los Trece.

Al reconocer el elegante repiqueteo de unos tacones contra el suelo de madera se me acelera el corazón. Madre siempre se pasea como si fuese a entablar batalla. Durante un instante, me planteo en serio esconderme detrás de la estatua tapada de Hades. Pero descarto la idea antes de que mi madre aparezca por el umbral de la puerta de la galería de estatuas. Si me escondiese, no haría más que retrasar lo inevitable.

—Así que estáis aquí. —Esta noche lleva un vestido verde intenso que realza su figura y alimenta el papel de madre tierra que ha decidido que mejor encaja con su estilo de mujer responsable de que la ciudad no muera de inanición. Le gusta que la gente aprecie su sonrisa amable y su ayuda, y que pase por alto el hecho de que aniquilará, con mucho gusto, a cualquier persona que intente interponerse en el camino hacia su ambición.

Se detiene ante la estatua de su tocaya, Deméter. La figura de mármol posee unas curvas generosas y está cubierta con un vestido suelto que se funde con las flores que emergen a sus pies. Van a juego con la guirnalda de flores que lleva sobre la cabeza, y luce una sonrisa de serenidad, como si conociera todos los secretos del universo. He pillado un par de veces a mi madre practicando esa misma expresión.

La comisura de los labios de mi madre se curva hacia arriba, pero esa sonrisa no se refleja en sus ojos cuando se dirige a nosotras:

—Deberíais estar relacionándoos con los demás invitados.

—Me duele la cabeza. —Es la misma excusa que me he inventado hace un rato para librarme de la fiesta de esta noche—. Psique ha venido a ver cómo estaba.

—Ajá. —Madre sacude la cabeza—. Os estáis volviendo tan incorregibles como vuestras hermanas.

De haber sabido que ser incorregible era la manera más segura de evitar la intromisión de mi madre, habría adoptado ese papel en vez del que elegí. Ahora ya es demasiado tarde para cambiar mi camino, pero es posible que el dolor de cabeza que he fingido antes se convierta en realidad ante la idea de tener que volver a la fiesta.

—Hoy me iré pronto. Creo que el dolor podría acabar en migraña.

—De eso nada, hija mía —me responde en un tono bastante agradable, aunque su voz es de acero—. Zeus quiere hablar contigo. Y nada puede justificar que lo hagas esperar.

Así, a bote pronto, a mí se me ocurren unas cuantas razones que podrían justificarlo, pero sé que Madre no me escuchará. Aun así, no puedo evitar intentarlo.

—¿Sabes que se comenta que ha matado a sus tres esposas?

—Bueno, es mucho menos enrevesado que un divorcio. Me quedo perpleja. De verdad, no sé si va en serio o si está de broma.

—Madre...

—Por favor, relajaos. Estáis muy tensas. Confiad en mí, hijas, yo sé lo que os conviene.

Es probable que mi madre sea la persona más lista que conozco, pero sus objetivos no son los míos. Aun así, como no hay forma fácil de librarme de todo esto, me coloco junto a Psique y ambas la seguimos al pasillo marchando al mismo son. Por un momento, me parece sentir la intensa mirada de la estatua de Hades sobre mí, pero no es más que una ilusión. El título de Hades está muerto. Y, aunque siguiera vivo, mi hermana tendría razón: sería tan malo como el resto de los Trece.

Salimos de la sala de las estatuas y recorremos el largo

pasillo que nos lleva de vuelta a la fiesta; es como el resto de las cosas de la torre Dodona: enorme, desmesurado y opulento. Es, por lo menos, el doble de ancho de lo necesario, y cada puerta que dejamos atrás es unos treinta centímetros más alta que una normal como poco. Unas cortinas de un rojo potente cuelgan del techo al suelo; ahora mismo están descorridas a cada lado de las puertas, un toque añadido de extravagancia que seguramente este sitio no necesita. Cualquiera pensaría que está recorriendo un palacio en vez de un rascacielos que se alza por encima del resto de los edificios de la zona alta de la ciudad. Como si se pudiera olvidar que Zeus se ha otorgado a sí mismo el título de rey de los tiempos modernos. La verdad, me sorprende que no se pasee por la ciudad con una corona a juego con la de su estatua.

El salón donde se sirve el banquete es más de lo mismo. Una estancia descomunal y muy amplia, con ventanales a lo largo de toda una pared y un par de puertas de cristal que dan a una terraza que escudriña desde lo alto la ciudad. Estamos en la azotea del rascacielos, y la vista es espectacular. Desde este lugar, se puede otear gran parte de la zona alta de la ciudad, y la serpenteante franja de oscuridad que es el río Estigia. ¿Y al otro lado del río? La zona baja de la ciudad. Desde aquí no parece muy distinta de la zona alta, pero, dada la incapacidad de la mayoría de nosotros para llegar hasta allí, esa zona baja de la ciudad bien podría estar en la luna.

Esta noche, las puertas de la terraza están cerradas a cal y canto para evitar que el gélido viento invernal cause molestias a cualquier invitado. En vez de las vistas de la ciudad, la oscuridad tras el cristal se ha convertido en un reflejo distorsionado de la sala. Los invitados llevan sus mejores galas: un arcoíris de vestidos largos y esmóquines de diseño, destellos de joyas y telas excesivamente caras. Todo ello crea un calei-

doscopio mareante, al tiempo que los invitados atraviesan la multitud, relacionándose, haciendo contactos y destilando bilis de los labios pintados de color carmesí. Me recuerda a los laberintos de espejos. Nada de lo que se refleja es lo que parece, a pesar de toda su supuesta belleza.

Colgando de las tres paredes restantes de la sala hay varios retratos enormes de los doce miembros activos de los Trece. Son pinturas al óleo, una tradición que se remonta a los orígenes de Olimpo. Como si los Trece creyeran de verdad que son como los monarcas de tiempos pasados. A decir verdad, el artista se tomó ciertas libertades creativas con algunos de los miembros. Destaca la versión más joven de Ares, que no se parece en nada al susodicho. El paso del tiempo cambia a las personas, pero Ares jamás tuvo la mandíbula tan cuadrada ni la espalda tan ancha. Además, el pintor lo representó con una espada colosal en la mano, y sé de buena tinta que Ares se granjeó su posición tras someterse a la palestra, no a la guerra. Aunque, bueno, supongo que esa historia no contribuye a la majestuosidad de una imagen.

No cualquier persona es capaz de cotillear, socializar y traicionar a los demás mientras sus iguales la miran por encima del hombro, pero el grupo de los Trece está compuesto por monstruos de esa clase.

Madre se abre paso en la multitud, la mar de cómoda entre el resto de los tiburones. Tras casi diez años ocupando el puesto de Deméter, sigue siendo una de las últimas incorporaciones al grupo de los Trece, pero se mueve en estos círculos como si hubiese nacido para ello y no como si el pueblo no la hubiese elegido, como siempre ocurre con el título de Deméter.

Los invitados se apartan para no interponerse en su camino y, mientras la sigo para mezclarnos entre la gran varie-

dad de colores brillantes que componen la fiesta, noto miradas sobre nosotras. Puede que estas personas parezcan pavos reales por cómo se esfuerzan por sobresalir en estos eventos, pero sus ojos son fríos y despiadados para cualquiera. En esta sala no tengo ni un solo amigo; solo gente que quiere utilizarme como trampolín para abrirse camino y obtener más poder, cueste lo que cueste. Es una lección que aprendí pronto y por las malas.

Dos personas se apartan para dejar paso a mi madre, y vislumbro el rincón de la sala que siempre me esfuerzo por evitar cuando venimos a la torre Dodona. En ese rincón hay un trono en el sentido estricto de la palabra, un llamativo asiento de oro, plata y cobre. Las patas macizas se curvan hacia arriba, hasta los brazos, y el respaldo se extiende para dar la sensación de una nube de tormenta. Tan peligrosa y eléctrica como su dueño, quien quiere asegurarse de que nadie lo olvide nunca.

Zeus.

Si los Trece gobiernan Olimpo, Zeus gobierna a los Trece. El título es una herencia familiar, que pasa de padres a hijos, un linaje que se remonta a la fundación de la ciudad. Han pasado décadas desde que nuestro actual Zeus ocupó su lugar, desde que asumió el cargo a los treinta años.

Ahora ya tiene unos sesenta. Supongo que se le podría considerar atractivo si por atractivo entendemos un hombre blanco, fornido, con una risa escandalosa y una barba llena de canas. A mí se me eriza la piel. Cada vez que me mira con esos ojos, de un azul apagado, me siento como un animal en una subasta. Menos que un animal, a decir verdad. Un jarrón bonito, o puede que una estatua. Algo que se pueda poseer.

Si se te rompe un jarrón bonito, es bastante fácil comprar otro para reemplazarlo. O, al menos, lo es si eres Zeus.

Madre reduce la marcha, lo cual obliga a Psique a retroceder un par de pasos, y me coge de la mano. Me da un fuerte apretón para expresar su silenciosa advertencia de que me comporte, pero es todo sonrisas cuando se dirige a él.

—¡Mira a quién me he encontrado!

Zeus extiende la mano, y no puedo sino colocar la mía sobre la suya y permitirle que deposite un beso en mis nudillos. Sus labios rozan mi piel un microsegundo, y siento cómo los pelillos de la nuca se me ponen de punta. Cuando me suelta la mano, tengo que contener el impulso de limpiarme el dorso en el vestido. Mi instinto me grita que corro peligro.

Tengo que plantar bien los pies en el suelo para no caer en la tentación de darme la vuelta y salir corriendo. De todas formas, no llegaría muy lejos. No con mi madre obstaculizándome el camino. No con la brillante multitud de invitados que observa esta escenita como buitres que han notado el olor a sangre en el ambiente. A esta gente lo que más le gusta es el drama, y montar una escena con Deméter y Zeus me comportará unas consecuencias con las que no quiero lidiar. En el mejor, y repito, mejor de los casos, mi madre se enfadaría. En el peor, me arriesgo a protagonizar los titulares de la prensa rosa, y eso me metería en un lío de los gordos. Lo mejor será capear el temporal hasta que pueda escapar.

La sonrisa de Zeus se pasa un poquito de afable.

—Perséfone. Esta noche estás preciosa.

El corazón me late como si fuera un pajarillo intentando escapar de su jaula.

—Gracias —susurro. Tengo que calmarme, disipar mis emociones. Zeus es célebre por ser un hombre que disfruta con la angustia de cualquiera más débil que él. Y no pienso darle la satisfacción de saber que me asusta. Es el único poder que tengo en esta situación, y me niego a renunciar a él.

Zeus se acerca más, rozando el límite de mi espacio personal, y baja la voz.

—Me alegra tener por fin la oportunidad de hablar contigo. Llevo meses intentando abordarte. —Sonríe, pero esa sonrisa no se refleja en su mirada—. El tiempo suficiente para pensar que me estás evitando.

—Claro que no.

No puedo retroceder sin chocarme con mi madre, pero... considero esa opción un par de segundos antes de descartarla. Madre jamás me perdonaría si montara una escenita ante el todopoderoso Zeus. «Venga, aguanta, puedes con esto.» Esbozo una brillante sonrisa mientras empiezo a recitar el mantra que me ha ayudado a sobrellevar este último año.

«Tres meses.» Solo noventa días me separan de la libertad. Noventa días hasta que pueda acceder a mi herencia y usarla para salir de Olimpo. «Puedo sobrevivir a esto. Sobreviviré.»

Zeus me mira con una gran sonrisa en el rostro, todo afable sinceridad.

—Sé que esta no es la proposición más convencional, pero ha llegado al momento de hacer el anuncio.

—¿El anuncio? —repito perpleja.

—Claro, Perséfone. —Mi madre se acerca y, al mirarme, le salen dagas de los ojos—. El anuncio.

Está intentando transmitirme algo directamente al cerebro, pero no tengo ni idea de qué está pasando ahora mismo.

Zeus reclama mi mano y mi madre prácticamente me empuja para que lo siga mientras el hombre se encamina a la parte delantera de la sala. Le lanzo una mirada desquiciada a mi hermana, pero Psique está tan asombrada como yo ahora mismo. ¿Qué está pasando?

La gente calla a nuestro paso, y siento sus miradas como

si fuesen un millón de agujas que se me clavan en la nuca. En esta sala no tengo ni un solo amigo. Madre diría que la culpa es mía por no haber hecho contactos tal como ella me ordenaba una y otra vez. Lo intenté. De verdad que lo intenté. Me llevó todo un mes darme cuenta de que los insultos más despiadados se proferían con sonrisas dulces y palabras de cariño. Después de que mi primera invitación a una comida acabara con una cita incorrecta de mis palabras en los titulares de las revistas de cotilleo, me rendí. Nunca seré tan buena en este juego como el resto de las víboras que hay aquí. Odio las fachadas falsas, los insultos vedados y los cuchillos ocultos tras palabras y sonrisas. Quiero una vida normal, pero eso es imposible con una madre dentro de los Trece.

Al menos, es imposible en Olimpo.

Zeus se detiene al frente de la sala, y coge una copa de champán, que se ve absurda en su enorme mano, como si fuera a hacerla añicos con un roce brusco. Alza la copa y los últimos murmullos que resonaban en la habitación se apagan. Zeus mira a los invitados con una amplia sonrisa en el rostro; no es difícil ver por qué sienten tal devoción por él a pesar de los rumores que circulan sobre su persona. Es casi como si el hombre rezumara carisma por los poros.

—Amigos míos, no he sido completamente sincero con vosotros.

—Menuda sorpresa —dice alguien al fondo de la sala, y provoca una risa débil que se extiende por toda la estancia.

Zeus se une a sus risas.

—Si bien en teoría estamos aquí para votar sobre los nuevos convenios comerciales con el Sabine Valley, también tengo un pequeño anuncio que hacer. Hace mucho que debería haber encontrado una nueva Hera para completar nuestro grupo. Y por fin he tomado una decisión.

Entonces me mira, y esa es la única advertencia que recibo antes de que pronuncie las palabras que encienden mis sueños de libertad en llamas con tanta fiera que lo único que puedo hacer es verlos reducirse a cenizas.

—Perséfone Dimitriou, ¿quieres casarte conmigo?

No puedo respirar. Su presencia ha acabado con todo el aire de la habitación, y la luz brilla con demasiada intensidad. Me balanceo sobre los talones, y solo me mantengo en pie gracias a la pura fuerza de voluntad. ¿El resto de los presentes se abalanzarán sobre mí como una jauría de lobos si me desmayo ahora mismo? No lo sé y, como no lo sé, debo mantenerme en pie. Abro la boca, pero no consigo articular palabra.

Al otro lado, mi madre me empuja hacia delante, toda sonrisas radiantes y un tono de alegría en la voz.

—¡Claro que quiere! Para ella será todo un honor. —Me da un codazo en las costillas—. ¿Verdad que sí?

Negarme no es una opción. Estamos hablando de Zeus, el rey a todos los efectos. Coge lo que quiere cuando le place y, si lo humillo aquí, delante de las personas más poderosas de la ciudad de Olimpo, toda mi familia pagará las consecuencias. Así que trago saliva.

—Sí.

La multitud prorrumpe en vítores, y sus gritos me marean. Veo que alguien está grabando toda la escena con el móvil y sé, sin un atisbo de duda, que dentro de una hora ese vídeo estará en internet, y que para mañana ya abrirá todos los telediaros de la ciudad.

La gente se acerca a nosotros para felicitarnos (bueno, en realidad para felicitarlo a él, a Zeus), y él se aferra a mi mano con firmeza durante todos los buenos deseos. Me quedo mirando las caras que se desdibujan ante mí, mientras un mare-

moto de odio va creciendo en mi interior. A estas personas no les importo nada. Pero eso lo sé, claro. Lo he sabido desde el primer instante en que me relacioné con ellas, desde el momento en que ascendimos a este círculo social abovedado gracias a la nueva posición de mi madre. Pero ahora esto ya es algo totalmente diferente.

Todos conocemos los rumores que corren sobre Zeus. Y cuando digo todos, es todos. Ya ha tenido tres Heras (tres esposas) durante su mandato como dirigente de los Trece.

Tres esposas muertas.

Si dejo que este hombre me ponga su anillo en el dedo, sería casi como dejarle ponerme un collar y una correa alrededor del cuello. Jamás volveré a ser yo, Perséfone, sino que me convertiré en una extensión de su persona hasta que se aburra de mí también, y reemplace la correa por un ataúd.

Nunca escaparé de Olimpo. No hasta que Zeus muera y el mayor de sus hijos herede el título. Podrían pasar años. Décadas, incluso. Y eso, claro, siendo atrevida y suponiendo que voy a vivir más años que él, y que no voy a acabar a tres metros bajo tierra como las otras Heras antes de mí.

Siendo sincera, no me gusta nada cómo pinta la cosa.